



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

En el recibimiento.



- ¡Mire usted que llamo á la señorita!
— Y ¿qué le ibas á decir?
— Pues... eso; que se toma usted muchas libertades.
— Y ¿qué crees? ¿que la iba á coger de nuevas la noticia?

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El piporro, por José Estremera.—La costilla milagrosa, por Juan Pérez Zúñiga.—La prensa, por M. Osorio y Bernard.—Carta abierta, por José Jackson Veyán.—Plutarquillo: E-pa-mi-non-das, por Vital Aza.—Menudencia, por Sinesio Delgado.—El eterno femenino, por Federico Canalejas.—Quien al cielo escupe..., por Alejandro Larrubiera.

GRABADOS: En el recibimiento, por Cilla.—Agua de limón, por C. Pla.—Miscelánea (cuatro viñetas).—Plutarquillo: E-pa-mi-non-das (siete viñetas), por Cilla.—Pilar García de Pinedo (de fotografía).

DE TODO UN POCO.

Ya no hay respeto á nada ni á nadie.

Á Pérez Galdós se le niegan hasta las relevantes condiciones de escritor público; se duda de la virtud de algunos obispos; se pone en tela de discusión la belleza de la Calvé, y se investiga si tienen derecho á ser grandes de España dos aristócratas rancios.

¡Qué país! ¡Qué perturbación! ¡Qué escándalo!

Hasta ahora, el que era duque merecía el respeto público, y nadie trataba de indagar si lo era con más ó menos fundamento. Ahora, de tal suerte se van poniendo las cosas, que ya dudamos de todo, y vemos, verbigracia, una tiple, al parecer hermosa, con voz aguda, y nos decimos como escamados:

—¿Será, en efecto, una tiple ó un individuo del cuerpo de Seguridad que canta de falsete?

De la discusión del Congreso resulta que los duques no nacen, sino que se hacen, á precios módicos, por medio de una agencia, como las que existen para la colocación de criadas. No lo creemos, aunque nos lo juren en cruz, porque de ser eso verdad, llegaría uno á la referida agencia preguntando:

—¿Es aquí donde se hacen los duques?

Y contestaría el fabricante de títulos:

—Sí, señor; pero tiene usted que esperar un momento, pues estoy haciendo uno para las cinco en punto, y van á venir á recogerlo.

—Concluya usted; por mí no se precipite.

El agente terminaría su tarea en un periquete, y después formularía la siguiente pregunta:

—¿Conque quiere usted ser duque?

—Sí, señor.

—Los hay de varios precios, según sea el dictado. Por ejemplo, si quiere usted ser *duque de Vientreflojo*, le cuesta á usted veintidós duros y medio; si prefiere usted título más solemne, como el de *duque de Vientrealto*, entonces tiene usted que pagar treinta y cinco duros y una peseta. La peseta es para pomada húngara, á fin de ponerle á usted el bigote bien retorcido.

—Corriente; pues yo quisiera un ducado de término medio: *duque de Vientranquilo*, verbigracia.

—En ese caso, puedo hacérselo á usted por diez y ocho duros; un cuarto menos.

—Me parece algo caro.

—Tiene usted que ver que es un título muy decente, y va á facilitarle á usted muy buenas relaciones en la alta sociedad. Mire usted: el mes pasado hice tres duques, y dos ya se casaron con dos señoritas, manchega una y de Castrojeriz la otra.

—¿Yo no quiero el ducado para eso!

—Pues ¿para qué?

—Para poner una peluquería donde pueda ostentar el siguiente rótulo: *Salón de barbero y peluquero, dirigido por el duque de Tal*. Cada servicio veinticinco céntimos. Además, mi esposa, la duquesa, se dedicaría á tocar la guitarra para entretener á la parroquia.

* *

Hecho el trato y previo el abono de los diez y ocho duros, cualquier hijo de vecino podría calzarse un ducado.

Ya están Pepa y Juana Pulgarín, las del tinte químico, reuniendo fondos para darle un ducado á su papá el día de su santo. Piensan sorprenderle con el título, introduciéndolo en la sopera, á fin de que al levantar la tapa se encuentre con el pergamino.

—¡Cielos! ¿qué es esto?—preguntará Pulgarín al encontrarse con la cosa.

—Lee, papaito—contestarán las niñas á dúo.

Pulgarín leerá su encumbramiento y es posible que se desmaye de emoción.

—Pero explicadme, hijas mías...—dirá cuando le haya pasado el síncope.—¿Quién me ha honrado de este modo?

—Nosotras.

—¿Cómo? ¿Sois las *jevas* del Estado?

—No; somos unas hijas carifiosas que premian tu destreza en el tinte y tu dulzura como padre. No nos preguntes más.

—Pero...

—Papaito, tú ya eras noble antes de ahora.

—No sabía nada.

—Nos lo ha dicho el agente. Te llamas Pulgarín, descendiente de Pulgarillo, bufón del Rey Sabio, que se casó en segundas nupcias con una doña Fruela, prima octava de un segundo apunte que venía á ser hermano de leche del primitivo duque de *Cacharro Duro*. Éste es el título que ostentaremos desde mañana por la mañana.

—¡Hijas de mi corazón!

Y Pulgarín, ó sea el duque reciente, estrechará contra su seno á las hijas de su alma, y á la tintorera, su esposa de toda la vida.

* *

No, no podemos creer que se hagan los duques como se hacen las amas de gobierno, por medio de agencias. Bueno que se hagan los diputados y los senadores electivos y aun los consejeros de la corona, que todo consiste en coger á un político cualquiera y llevarle á jurar á palacio; pero los duques!

Todos los que yo conozco son personas respetables, con aspecto de hombres ilustres por su origen y su educación. No sé qué tienen los duques que se les conoce la nobleza con sólo verles en la calle, ó en el teatro, ó en la iglesia.

En cambio, hay en mi pueblo un conde ó un marqués, hecho de prisa y corriendo, por no sé qué presidente del Consejo de ministros, que va proclamando á voces la humildad de su origen y se hace llamar *excelencier* por sus propias suñajas, y se ha mandado bordar la corona en los calzoncillos.

Cuando le llaman por su nombre de pila no contesta; jamás dirige la palabra á quien supone de condición humilde; usa una corona de plata Meneses para andar por casa... ¡y comió las sardinas con los dedos!

* *

Por muchas agencias que se creen y muchos abusos que cometa nuestra administración, el que ha nacido en elevada cuna siempre será una persona distinguida por sus modales, su aspecto y su educación.

En cambio, créame usted, lector apreciable, aunque funcionarán veinte agencias, los duques como Pulgarín siempre serán unos duques de guardarropa.

Luis Taboada.

El piporro.

¿Quién sería el gran jumento que me inventó? ¡Yo instrumento! ¡Yo entre las manos de un músico que solfa y todo estadió! Con mi maldito sonido doy berrido tras berrido y teago por notas únicas *pa, pu, pe, po*.

Instrumento religioso, sin duda por pavoroso sirvo en las funciones fáncleres de las que se pagan bien, y cuando voy á un entierro mi dulce voz de becerro entona con los presbíteros: *requiescat in pace, amén*.

Y estoy seguro que el muerto, al escuchar tal concierto, dice que tan triste cántico paz á nadie nunca dió, y en tanto, dado yo al diantre, haciendo el bajeto al chantre, sigo con mi voz dulcísima: *pa, pu, pe, po*.

Al sonar, no sé si vivo, ó si rancio, ó si hastiado; mas al llegara al altísimo cielo mi armónico son, creo que inútil sería, pues me lo agradecería allí en la altura un ser anicor el cerdo de San Antón.

Hoy una corja derecha que me oyó dar una nota no supo en su serucho místico qué causó sentido tal, y á un hombre que estaba al lado le llamó mal educado y con el pulgar y el índice tapó el conducto nasal.

No entiendo, por vida mía, por qué se me inventaría, ni vi el árbol genealógico del que soy el tronco ya... ¡Adiós! ¡Allí viene el amo! Y ahora me abruza, me escama... ¡Caras, caras, incienso, un ómbulo!... ¡Contenid! *pa, pu, pe, po*.

José Estremera.

LA COSTILLA MILAGROSA

Caéntase que en la iglesia de Torrealdaba hasta hace poco tiempo se veneraba, metidita en el centro de un relicario, una de las costillas de San Hilario. Nadie dijo á qué lado correspondía mas que era de las falsas se suponía. Los devotos del pueblo, con fe creciente, se postraban ante ella frecuentemente para ver si el alivio lograr podían de todos los enfermos que conocían. Reumáticos á cientos cura imploraban; si no eran atendidos, al mar se echaban (aunque el morir ahogado y entre la espuma dicen que es cosa mala para el reuma), y otros más, que rezando no eran servidos, exclamaban al verse desatendidos: «¿No aseguran que es falsa la tal costilla? Pues que no haga milagros no es maravilla». Mas los dolores de otros remedio hallaban, aunque generalmente se complicaban. Quien pedía la cara del espinazo, poco después notaba peso en el bazo; al que notaba estrabos en la retina, tras el rezo le daba la tos ferina, y al que tenía granos en el pescuezo, le molestaba el vientre después del rezo. Eso sí, al fin y al cabo, los que acudían á pedir á aquel hueso lo que querían, se curaban de todos los sufrimientos; pero á costa de muchos medicamentos. Tal desembolso hacían de numerario con la virtud del hueso de San Hilario, que antes de doce meses volvióse rica la familia del dueño de la botica. Mas no entendía nadie por qué pasaba esto con la reliquia de Torrealdaba, hasta que cierto sabio de tomo y lomo descubrió en un momento, yo no sé cómo, que la costilla no era de San Hilario, sino de un bisabuelo del boticario.

Juan Pérez Zuriga.

*

La prensa.

Nuevamente se debate hoy la cuestión de la prensa, y hay quien la pone en las nubes y quien la injuria y execra. Y en éste asunto son lógicas las opiniones diversas, y que la feria se juzgue conforme vaya en la feria.

—Ruego á usted, amigo mío, dice á un chico de la prensa don Hermógenes, que diga que mi esposa doña Tecla se queda en casa los lunes y que acuden siempre á ella los barones de la Bamba, los marqueses de la Tenca y la inmensa mayoría de la *Éfe* y de la *créma*. Publíquese de seguida el sueldo de referencia, y don Hermógenes dice á quien le cuadra:—¡Qué prensa! Todo lo averigua, y luego al público se lo cuenta. ¡No hay ya aquí vida privada, ni decoro, ni vergüenza!

—Diga usted que voy de casa.
—Diga que volví de pesca.
—Diga que ahorró mi hija.
—Diga que enfermó mi suegra.
—Diga que ayer me robaron el reloj con la cadena.
—Diga que soy candidato á un alto puesto de Hacienda.
—Diga que quiero cobrarme con tres recargos la cédula.
—Diga que estoy escribiendo un drama y una novela.
—Diga que me voy mañana y anúnciame cuando vuelva...

¡Ah! Mándeme el numerito: aquí tiene usted las señas.
—Diga que tiene noticia de mi ingreso en la Academia, y que preparo un discurso de resonancia suprema.
—Si habla usted en su periódico de mí y de mi conferencia, diga: «el ilustre estadista», que esto á los oídos se pega. Y después, si en la noticia se pone alguna reserva, si sale con una errata ó se equivoca una fecha, —¡Qué prensa! exclaman airados. ¡Qué desdicha! ¡Qué imprudencia! Solamente debería publicarse la *Gaceta*...
—No, la institución no es mala, dice el capitán Centellas... Aquí se me llama «el bravo», y esto es de justicia seca.
—Es verdad, añade al punto una espiritual condesa, vea usted: «la bella, la ilustre, la que por su lujo es reina de los salones, la maga de la sociedad»... *etcétera*. ¡Ah! Tienen mucho talento estos chicos de la prensa...

Llega un día en que al talento consagran función excelsa unos cuantos periodistas, y su bombo al mundo atruena. Arrecian luego el elogio y, usando hasta la violencia, derriban para su ídolo las puertas de la Academia; y entonces el agraciado, tembloroso en su modestia, repite en todos los tonos:

¡No hay nada como la prensa! Mas, si cambia el decorado y el genio duerme la siesta y el periodismo lo advierte con respetuosas maneras, ya la modestia se esconde, despiértase la soberbia,

y la prensa es desde entonces una imposible vergüenza.

— Por eso dije al principio, y que lo repita es fuerza, que á la feria se la juzga conforme vaya en la feria.

M. Ossorio y Bernard.

*

AGUA DE LIMÓN



—Eztá como la nieve e la Arpujarra, ¿quijusté otro?

*

CARTA ABIERTA

(Á MI BUEN AMIGO D. JUAN BOSCH)

Apreciable director de la Infantil Compañía: Por deber y simpatía, como amigo y como autor, mi enhorabuena le envío y le declaro en conciencia que tiene usted una paciencia de padre y muy señor mío. Ya es trabajo el enseñar y mérito el conseguir que aprenda un niño á decir cuando apenas sabe hablar. Yo mi admiración confieso, y al ver mi *Chateau* en escena le di á usted mi enhorabuena y á la tiple la di un beso. ¡Qué ingenio y qué travesura!... ¡Qué candidez tan divina, y qué borrarra tan fina y qué artista en miniatura! ¡Qué pícarosca intención la del gallego truhán, y qué dos viejos están Doña Laura y el Barón! ¡Qué natural el Manuel!... ¡Qué conjunto tan lucido! ¡El público no ha bebido *Chateau Margaux* como aquél! Ya quisieran los primores y los triunfos halagadños

de los artistas pequeños muchos artistas mayores. Al oírlos recitar, sin faltar punto ni coma, nadie por niños los toma, como no acierte á mirar. Y al mirar con interés se piensa el más avisado que se ha puesto equivocado los gemelos al revés, y que un descuido casual, que fácilmente me explico, le hace ver lo grande, chico, por efecto del cristal. ¡Que Dios su fuego no aparte de sus frentecitas puras y eleve á esas criaturas hasta las cumbres del Arte! ¡Que el aplauso nunca cese, y que *pasen á mayores* entre coronas y flores, sin que la carga les pese! Me suplica el director que hable con sinceridad, y le digo la verdad como amigo y como autor. Es justicia y no merced. Y, dicho lo que quería, un beso á la compañía y un abrazo para usted.

José Jackson Veyán.

Miscelánea.



—Pues me debe usted cuatro *Heraldos*, dos *Imparciales* y diez y siete *Correas*.
—¿Diez y siete? ¡Me parece que eres tú la que te corres!...

—¡Si ella supiera cómo se me están enfriando los pies... puede que me dijera que entrara a calentármelos un poco en el brasero de la portería!



—Ello es que, por ejemplo, tú pagas los derechos; te hacen duque y grande de España, y en seguida vas y te sientas en el Senado por derecho propio.
—¡Toma! Y ¿qué adelanto yo con sentarme en el Senado si allí no tengo que hacer nada?



—Dicen que hay unos duros falsos que se distinguen de los otros en que tienen una barrita más en el centro del escudo. Pues... tengo que pelir un iluro bueno para contar las barras. Porque si ahora me sueltan uno falso, ¿cómo establezco yo las comparaciones?

Plutarquillo.

BIOGRAFÍAS DE PERSONAJES CÉLEBRES



E-PA-MI-NON-DAS.

La prima de mi charada
está en el abecedario:
la tercera con la quinta
es un rey que no ha reinado;
dos-dos vale poca cosa
y puede ser Padre Santo;
tercia sola es un pronombre;
la cuarta adverbio anticuado,
y el todo, lector amigo,
es un general tebano.

Ustedes perdonen; pero no he podido resistir á la tentación.
Hay nombres que están pidiendo la charada.

No puedo hablar de Epaminondas sin que venga á mi memoria el recuerdo de mi maestro de primeras letras. El buen señor—que no conocía más historia que la esgrada,—siempre que alguno de nosotros se distraía más de lo conveniente, le castigaba con ponerle de rodillas, diciéndole de paso: «¡Es usted un epaminondas!»

¡Y se quedaba tan fresco!

El pobrecillo creía, sin duda, que Epaminondas era algo así como papanatas.

¡Dios le haya perdonado!

Y vamos con nuestro general.

Nació, según datos que tengo por irrefutables, en la ciudad de Tebas, unos trescientos noventa y tantos años antes que Jesucristo.

Sus padres eran muy pobres, aunque descendían de los antiguos reyes.

De suerte que á la familia de Epaminondas le pasaba lo mismo que á los Sres. de Rodríguez, que cita Bíasco en una de sus graciosísimas comedias.

—«¿Qué ha sido de los de Rodríguez?»

—¡Pobrecitos! ¡Han venido á menos!

—A mal pueblo han venido.»

A pesar de la falta de recursos, el joven Epaminondas recibió una excelente educación.

Aprendió la música, el ballo y la gimnasia, «ciencias muy estimadas entre los griegos», según dice un historiador.

No sé si los griegos llamaban ciencias á esas cosas, pero desde luego estaba más en lo cierto el que dijo que

«El tocar la guitarra no quiere ciencia, sino fuerza en los puños y agilidad.»

Además de ser buen músico, notable bailarín y excelente gimnasta, brilló Epaminondas como conocedor de las ciencias políticas y filosóficas. ¡Y éstas sí que son ciencias!

Según el testimonio de Cornelio Nepote, era nuestro hombre «modesto, prudente, gallardo en su persona, profundo en el arte de la guerra, ejemplo de magnanimidad y hábil en aprovechar las coyunturas».

Para esto último, para lo de aprovechar las coyunturas, le había servido de mucho la gimnasia.

Tenía Epaminondas otra gran condición. Era tan amante de la verdad, que no mintió nunca, ni aun en broma.

Si esto es cierto—que no lo dudo—bien merece que le admiremos todos, y sobre todos, los andaluces.

Añade Cornelio Nepote que el ilustre tebano sabía escuchar con respeto, persuadido de que éste era el mejor medio de instruirse, y que siempre que se hallaba entre gentes que discutían acaloradamente, no se retiraba jamás hasta el fin de la conversación.

Perdóneme Nepote, pero eso lo mismo podía ser deseo de instruirse que curiosidad.

Epaminondas era un hombre honrado. Sobre esto no cabe discusión.

Soportaba con resignación la pobreza, y por todos los servicios que prestó á la república no reclamó nunca más que la gloria.

Era lo que se llama un hombre incorruptible.

Diomedón de Cízica, por indicación de Artajerjes, intentó sobornarle, llegando á ofrecerle sumas muy considerables.



—Decidle al rey de Persia—contestó Epaminondas—que si lo que me propone es beneficioso á mi patria, es inútil el dinero que me ofrece; pero si sus miras son otras, sepa que no es él bastante rico para comprarme.

¡Hermosa contestación
la que le dió á Diomedón!

La sencillez de sus costumbres y su frugalidad en las comidas eran verdaderamente admirables.

Invitado por un amigo á un suntuoso banquete, servido con lujo extraordinario, se negó en absoluto á probar los riquísimos manjares que le ofrecían, comiéndose modestamente dos huevos cocidos y un pedazo de tocino que, á prevención, llevaba en una fiambrera.

—¿Qué significa esto?—le dijo algo smostszado el anfitrión.

—Esto significa—respondió Epaminondas—que no quiero que la suntuosidad de tu banquete me haga olvidar la modesta comida de mi casa.



Realmente el hombre se le podía tildar de extravagante, pero no de gorrón. ¡Bien se conoce que en aquella época no se habían inventado aún los fracs con bolsillos de hule!

Tan persuadido estaba Epaminondas de que la riqueza debilita los caracteres, que al saber que uno de sus escuderos había recibido una fuerte suma por el rescate de un prisionero, le llamó cariñosamente y le dijo:

—Puedes dejar las armas y retirarte a tu casa. Ese dinero que acabas de cobrar te dará demasiado apego a la vida para que puedas exponerte a los peligros de la guerra, como lo hacías cuando eras pobre. El verdadero soldado no ha de tener nada suyo.

Damos con gusto esta filosófica reflexión del gran tebano para tranquilidad de los muchos militares que tienen retenida la paga.

Hizo sus primeras armas con los lacedemonios, aliados entonces de los tebanos, y a las órdenes de Pelópidas, a quien defendió valerosamente en un combate.

Lacedemonia había echado muchos humos y abusaba de la pacientísima Tebas.

Era preleo su cudir este yugo.

Pelópidas, aconsejado por Epaminondas, dijo: Hasta aquí hemos llegado. Y declaró la guerra a los lacedemonios.

Elegido Epaminondas general en jefe del ejército tebano, echó al enemigo de casa y ganó el año 371 antes de nuestra era la famosa batalla de Leuctra en la Bocioa.



Entró en la Laconia al frente de 50.000 hombres, derrotó a los lacónicos, y hasta a los difeuzos; les tomó el Peloponeso, y atrajo a su partido a muchos pueblos que hasta entonces habían sido considerados como enemigos.

Parecía natural que con tales victorias los tebanos estuviesen orgullosos de su general; pero no fué así.

La envidia, que es tan antigua como el mundo, desacreditó a Epaminondas, y éste y dos generales que le acompañaban fueron vergonzosamente destituidos.

Pero nuestro héroe, que cuando se proponía una cosa no le importaban nada los decretos ni las destituciones, animó a sus compañeros a que le imitaran y continuaron la guerra que habían emprendido, burlándose hermosamente de leyes y gobiernos.

A su regreso a Tebas fué Epaminondas llamado a juicio como reo de Estado y por desacato a las autoridades superiores.

Presentóse tranquilo ante sus jueces; confesó lealmente que había quebrantado la ley, y aceptó de buen grado la pena de muerte que se le imponía. Sólo pidió una gracia: que en el decreto de su



sentencia se expresase que los tebanos le condenaban a muerte por haberlos forzado a vencer en Leuctra a los espartanos; por haber salido de la patria y por haber dado la libertad a Grecia.

«Estas palabras de Epaminondas, dice un historiador, recogieron tanto a la asamblea, que echándose todos a reír, ninguno de los jueces se atrevió a opinar contra él.»

Francamente, la situación no era para tomarla a risa, sino para llorar de vergüenza; pero, en fin, el historiador lo dice, y ya saben ustedes cuánto respeto yo a los historiadores...

Así las cosas, continuaron sus guerras los tebanos, y en una ocasión en que los tenses enemigos de Epaminondas le privaron del mando de las tropas, sentó plaza de simple soldado y se batió constantemente en la vanguardia.

Como entre las muchas condiciones buenas que tenía era una la de no ser rencoroso, cuando los tebanos, al enterarse de que el nuevo general que habían nombrado ponía en peligro al ejército, escudieron a él, aceptó gustoso el mando sin acordarse de las afrentas anteriores, y salvó a Tebas de una derrota segura y que parecía inevitable.

Mas ¡ay! bien dice el refrán, que los valientes y el buen vino duran poco.

Después de fundar a Megalópolis y de alcanzar algunas victorias en Tesalia, llegó la batalla de Mantinea el año 362, y allí el gran Epaminondas perdió la vida a manos... ¿le quién dirán ustedes? Pues ¡a manos de Grilo!

(Para tranquilidad de mis lectoras—si es que las tengo,—debo hacer constar que este Grilo no es el dulce poeta de *Idales*, sino el valeroso hijo de Jenofonte.)

Pues, si señor; este joven, herido ya de muerte en la citada batalla de Mantinea, dirigió su flecha contra Epaminondas y se la clavó en el cuarto espacio intercostal, según certificación facultativa que consta en el juzgado correspondiente.

Convencido el general de que perdería la vida en cuanto se arrancase el dardo que tenía clavado en el pecho, estuvo sin moverse hasta que le anunciaron que los lacedemonios habían sido derrotados.



—¡Ya he vivido bastante—dijo entonces,—pues que muero victorioso!

Y arrancando el hierro de su herida, exhaló su último suspiro.

Convengamos en que los generales de aquella época eran unos generales muy particulares.

Epaminondas murió soltero.

—¿Por qué no te casas?—te preguntó una vez un amigo.

—Porque sabes que yo soy amante de la verdad—le contestó,—y si me casara y algún día me convenciese de que mi mujer me engañaba y que su amor era mentira, sería capaz de abandonarla para siempre.

Francamente, para tomar esa determinación no se necesita ser un Epaminondas.

Vidal Iza.

MENUDECIA

Mi amigo don Juan Verdejo, que pasa de los sesenta, gran buscador de aventuras y admirador de las hembras, toca el cielo con las manos y se irrita y se lamenta porque le gustan las chicas más que cuando iba a la escuela, y siente que, como entonces, hierva la sangre, y se quemá, y se le agitan los nervios y... como si no, morena.

El dice que es una lástima que cuando tiene experiencia le coloque insuperables obstáculos la materia.

Pero yo le digo siempre, para ver si se consuela, que hay que aguantar esas bromas de la sabia Providencia, que nos da la dentadura cuando nos bastan las heras, y al apetecer la carne... una va quitando las muelas.

Simón Delgado.

EL ETTERNO FEMENINO

PILAR GARCÍA DE PINEDO

Hace ya tiempo, no sé cuántos años, yo tenía relaciones con María González del Minué, que me tenía chiflado ¡pero cómo! enormemente, de igual modo que á un teniente, á un tenor y un abogado. Pretendíamos su amor los cuatro, sin vacilar, é igual yo que el militar que el letrado y que el tenor, por ver su cara divina y admirar su cuerpo hermoso hacíamos siempre el oso parados en una esquina, burlando la saña fiera de la madre de María, que á la fuerza pretendía que ninguno la quisiera. Por fin, tras de mil enredos y disputas infinitas y recados y cartitas y diálogos con los dedos, que en bastantes ocasiones entendimos al revés, rechazó á los otros tres y aceptó mis relaciones. Juro que aquella victoria, amorosa solamente, sobre el letrado, el teniente y el tenor, me supo á gloria y juré que la querría con todo mi corazón burlando la oposición de los padres de María. ¡Cuántos apuros pasé para hablar con mi adorada! Mas gracias á la criada, á la que yo soborné, pudimos mal y de prisa hablarnos en la escalera cuando el padre estaba fuera y la madre estaba en misa. Mas un día, de repente,



En la zarzuela El rey que rabió.

volvió el padre incomodado, porque le había avisado el pícaro del teniente, y al verme en el ventanillo juré: «¡amor eterno, de un palo me envié al cuerno después de llamarme pillo. ¡Cuánto sufrí, Dios clemente! juré furioso vengar aquella afrenta y matar al tanante del teniente; mas calmó mi excitación una carta de María que recibí, y que decía: «¡Hoy te espero en el balcón». Acudí fiel á la cita y vi en la acera, e enfrente al mastuerzo del teniente, que con una sonrisita que azoraba al más pintado parecía estar diciendo: — Sí, es tuya, ¡pero yo entiendo el palo que te ha costado! Conferencié con mi amada, quedando en que aquella noche tendría apostado un coche en la calle de la Abada, para ir de allí á la estación, irnos luego en el exprés á cualquier parte, y después... esperar la solución. Hice lo que me decía y ¡qué horror! aquella noche vi aparecer junto al coche al padre de mi María, que con modales muy malos, insolentes y muy serios me puso verde á improperios y me puso verde á palos. Temí que el padre, furioso, al volver á su morada impusiese á mi adorada algún castigo horroroso; pero el tirano inclemente no castigó á mi María... porque la infeliz ¡se había marchado con el teniente!

Federico Canalejas.

Quien al cielo escupe...

I

Gozaba de la mayor de las popularidades que puedan gozarse: sólo con decir «la Carmen», se sabía que era la célebre bailarina del Real, la hermosa muchacha, ariete de las mejores fortunas, cebo de asmáticos y rijosos galanes, orgullo de mozos con más dinero que sentido común, astro á la moda, satélite de la desvergüenza dorada que se admira y comenta entre un «¡Ah!» y un «¡Oh!» de pecaminosa envidia, piedra de escándalo para los hipócritas, que con los labios la tachaban de perdida y en secreto sentíanse abrumados de sí mismos por no ser dueños de la celebridad á cuyos pies eran criados los magnates, humildes los soberbios, pobres los ricos... ¡Y toda humillación era un triunfo si la deliciosa tirana concedía una mirada, una promesa ó una noche!

Al saberse que el respetable Fernández, un prohombre de la política con más cruces y condecoraciones que muestrario de joyero, bebía los vientos y se pasaba la vida convertido en sombra grotesca de la Carmen, los amigos riéronse grandemente, y con burlesca intención la celebraron el gusto, por el que ellos habrían de tener al encelarle contándole proezas y aventuras de su adorado tormento, historias y cuentos que á las almas timoratas indignan, á las maleantes entusiasman y á las inocentonas avergüenzan.

Fernández, ocultando el escozor que tales oficiosidades le causaban, tartamudeaba:

— Ya sé, ya sé yo que es una loquilla... ¡Eso y mucho más que ustedes pintan, es capaz de hacer... Pero puede disculpárselo... ¡Es tan guapa!

— Pero muy peligrosa.

— ¡Me vendrán ustedes á contar á mí!... — replicaba como hombre muy avinado. — La Carmen no es más que un hermoso muñeco automático... Le da cuerda el que más paga.

— Dicen por ahí que usted está locamente enamorado de la chica.

— ¡Qué barbaridad, hombre, qué barbaridad!... Ni que hubiera perdido el sentido... Yo no puedo tomar en serio, ni menos aun interesar mi corazón con una mujer así tan... tan ¡rígida y de la cual todas sabemos una porción de «irregularidades».

Y acentuaba la palabra guiñando pícaramente los ojos. — ¡Es muy hermosa, mucho, pero no hay que verla sino con la lente del placer!... Como pasatiempo nada más... Unos cuantos miles de duros gastados con oportunidad y á los tres meses... pues... yo á otra y «ella» á otro... En fin, lo eterno con esta clase de «perdidas».

II

Á los tres meses, los periódicos de la corte anunciaron, con el sugestivo epígrafe «desaparición de una estrella», la boda del excelentísimo señor Fernández con la bellísima Carmen. Todos dieron la noticia adornándola con muy sabrosos é irónicos comentarios.

Y hubo revistero que al dar cuenta de las galas nupciales, decía con la mayor candidez:

«La novia llevaba al pecho un simbólico ramo de azahar.»

Alejandro Larrubiera.



Eusebio Blasco, en un artículo muy bien escrito, como todos los sayos, dice dirigiéndose á Galdós para consolarle:

«El respeto no es cosa española.»

En lo cual pudiéramos estar conformes, pero añade:

«...no existe para la mujer, que en España no puede salir sola, porque todo el mundo se le atreve y le dice chicolón.»

Y yo recuerdo haber leído con deleite, hace muchos años, una lindísima composición de Blasco, pintando admirablemente ese piropeo callejero, que le encantaba porque era una de las notas características de su España de su corazón.

Pero, en fin, viviendo en París, en el centro de la civilización, con temperamento y gustos diferentes, puede haber cambiado de opinión, lo cual no tiene ni puede tener nada de extraño.

Lo que ya no tiene explicación tan satisfactoria es lo siguiente:

«Desde el periodista que insulta con personalidades odiosas al jefe del gobierno y le llama por su nombre de pila, como á un cualquiera, hasta el diputado de la oposición que le enseñó los puños... todo el mundo ha de rebelarse en una forma ú otra contra el que manda.»

Y digo que esto no se explica tan fácilmente porque de la Cámara francesa están expulsando diputados todos los días, supongo yo que no por correctos y bien educados precisamente, y todos ustedes se acordarán del puntapié de Constans, que fué cosa mayor que enseñar los puños.

Respecto al primer punto del párrafo me limitaré á copiar lo que, según *La Correspondencia*, decía *La Petite République* el mismo día en que se publicaba aquí el artículo de Blasco:

«Hoy los periódicos de todas las opiniones están unánimes en sus juicios y hasta los antiguos órganos del Elíseo envían á Casimiro la voz del asno.—Cobarde, collón, traidor, desertor; tales son los epítetos más amables dedicados al tránsfuga del poder.»

Donde se ve que el periodista insulta con personalidades odiosas al jefe del gobierno, y le llama por su nombre de pila como á un cualquiera.

Todo lo cual ha sucedido en la capital de Francia, adonde Blasco tuvo que huir, según él, porque no podía resistir esta falta de respeto á todo género de autoridad que nos caracteriza.

Y, sin embargo, ni la prensa ni la trionna española han llegado á eso... ni quiera Dios que lleguen.

Estamos de enhorabuena los que apenas nos llamamos Pedro. Porque mire usted que estarán pasando mal rato ahora, á consecuencia de la interpelación del conde de Xiquena, los que disfrutaban la posesión de títulos nobiliarios.

Porque el pueblo bajo no razona. Y ¡claro! pagan justos por pecadores.

Los ilustres economistas bajo cuyo poder estamos pasando la pena negra andan con la cabeza á pájaros.

Entre otras cosas, se les ha ocurrido que las compañías eleven sus tarifas para traer trigos y las bajen para llevarlos.

¡Lo cual es el colmo!

Porque además se subirán los aranceles, se suprimirán los consumos, y... se verá el modo de que no coma pan blanco más que Bailén.

Á consecuencia de esto, vayan ustedes preparándose, porque *La Correspondencia* ha dicho lo siguiente, al reseñar lo ocurrido en un Consejo de ministros:

«Se asegura también que el Sr. Canalejas habló en líneas generales de dos ó tres proyectos que afectan al presupuesto de ingresos.»

Conque... mano al bolsillo.

Porque cuando el ministro de Hacienda se viene con esas líneas generales, es que nos van á poner más caras las cédulas ó nos van á cobrar algo por las pulsaciones.

¡Claró! como hay que proteger á tantos infelices propietarios de fábricas ó almacenistas de granos!

Mira si tengo talento,
que he publicado una obra
y vendo los ejemplares
á tres pesetas... la arroba.

Me dá un poco de cortedad, pero... ¡ello ha de ser! y, haciendo un esfuerzo, me permito anunciar á ustedes que se han puesto á la venta dos tomos de composiciones en verso del director de este humilde semanario.

... *Y pocas nuevas* se titula el primero, y acaba de darlo á la estampa la casa editorial de Díaz-Quijano, con el lujo y el primor con que hace todos los libros. Cuesta dos pesetas.

Lluvia menuda es el otro, editado por López Bernagossi, de Barcelona, y forma el tomo XVIII de la *Colección diamante*. Cuesta dos reales nada más.

¡Qué dirían ustedes de mí si me atreviera á recomendarlos!

Libros:

El día Baco, colección de artículos, poesías, cuentos y chascarrillos vinícolas antiguos y modernos. Puede decirse que en este tomo está reunido cuanto se ha escrito en, con, por, sin, sobre el ramo de las avas. Precio: una peseta.

Los astros habitados, curiosas disertaciones científicas, por D. Rafael Pi-joan, libro publicado con gran lujo por la casa editorial de Bailly-Baillière, con licencia eclesiástica é ilustrada con 23 magníficos grabados.

Chiribitas, artículos humorísticos del distinguido escritor gallego don J. Bermúdez y Montero (*yo Ber y Mon*). Precio: una peseta.

Trazo poético, composiciones poéticas inspiradas y correctas en su mayor parte, de D. Roberto Maniz. Precio: 1,50 pesetas.

Contar las mulleras, poema por Xesús Rodríguez López, prólogo de don Leopoldo Pedreira; segunda edición ilustrada con dibujos de Hernández. Aunque las poesías que forman este tomo están escritas en dialecto gallego, y por consiguiente no podemos apreciarlas en todo su mérito, por lo que de ellas comprendemos, el Sr. D. Xesús Rodríguez es un poeta humorístico verdaderamente notable. Precio: 3 pesetas.

Cantos de la luna, colección de cantares de D. Luis Zapatero, lindísimos casi todos, y prueba de que el autor maneja como pocos género tan difícil y expuesto á la vulgaridad. El libro lleva además un prólogo de Salvador Rueda. Precio: 2 pesetas.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA REGISTRADA
TRADE MARK
JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.

DESPECHO: TODOS LOS DÍAS DE DÍES Á CUATRO

MADRID, 1925.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.—Teléfono núm. 824.